

vivían en el cielo, ¿cómo no la ha de hallar en hombres que habitan bajo techos de lodo?" algunas debilidades encontradas á fuerza de buscarlas por todas partes, fueron suficientes para que se creyera que, empobrecido, desprestigiado, calumniado, y algunas veces hasta convicto de sus faltas el ministro católico, iba á desaparecer el catolicismo. ¿Qué más pudo hacer, no el hombre, porque éste muchas veces no sabe lo que hace, sino el demonio para destruir la obra de Dios? Sin embargo, la Iglesia Mexicana se levanta llena de esplendor, llena de vida, regenerada y más hermosa que el día de su creación? ¿Qué ha sucedido á su autoridad? Es ahora más respetada, más esclarecida, más amada. Los fieles se arrodillan ante los Pastores de Cristo, no ya para adorar la majestad de los vicegerentes de los reyes, sino de los vicegerentes de Dios: temen el golpe de su cayado, no porque éste los pueda arrojar de su patria terrena, sino de su patria celestial: ya no confunden la obediencia servil con la filial, y sus ojos al levantarse después de reverenciarlos como á delegados del cielo, encuentran un rostro benévolo, dulce, cariñoso; reconocen un padre, un amigo, un hermano. ¿Qué ha sucedido con los sacerdotes? que la falange eclesiástica lejos de disminuir aumenta cada día. No hay comparación entre el número de sacerdotes de hoy y el de ayer. Y las mismas necesidades de la época, la altura misma de ilustración en que se halla la sociedad actual, el conocimiento claro de lo que debe ser un ministro del Altísimo, hará que más tarde esa pléyade hermosa de jóvenes levitas mexicanos cña con justicia la doble aureola de la ciencia y de la virtud; y no solo, sino que sea lo que ha sido siempre el sacerdote católico en el mundo, el precursor de la verdadera civilización, el que ha ido siempre á la vanguardia de la ciencia y de cuanto contribuye á mejorar el ser moral é intelectual del hombre. ¿Qué ha sucedido con los templos? levantad los ojos y veréis que por uno ó dos templos destruidos se han levantado cien, mil se han reedificado, otros se han decorado; y el culto divino cada día aumenta, y la piedad crece, y el número de los

fieles es notablemente mayor y mejor. Pero se dirá: ¿y los descreídos? ¿y los apóstatas? No hay que preguntar por ellos, porque estos estaban entre nosotros, mas no eran de nosotros. A los que el temor, ó fines rastreros, y no una verdadera adhesión á la Iglesia, los hacía aparecer como hijos, siendo extranjeros, la situación presente los ha puesto en completa libertad para que la sigan ó no según los movimientos buenos ó perversos de su corazón, seguros de que ella, Madre piadosísima, siempre estará dispuesta á recibirlos en su seno, y que á semejanza de lo que pasa en el cielo, se alegrará más por la vuelta de una oveja extraviada que por la perseverancia de las noventa y nueve que nunca abandonaron el redil. Su misión, siendo la misma de Jesucristo, la obliga á llamar más bien á los pecadores que á los justos, porque las medicinas del Médico celestial no son para los sanos, sino para los enfermos. ¡Ojalá que alguna vez tenga este santo y divino consuelo!

El presente, señores, no necesito de ponderarlo porque vosotros mismos lo estáis viendo. Solo Dios, que tiene en sus manos las voluntades de los hombres para inclinarlas á donde quiere, y que se compadece de las naciones y vela por su salud aún más que por la de los individuos, sobre todo cuando ha querido singularizarlas en su amor dándoles por amparo y protección una Madre tan buena y tan piadosa como María, pudo hacer que después de tantas luchas de todo género llegáramos á la paz apetecida, y que cada vez se noten signos más claros de que se perpetuará afirmándose cada día sobre bases más sólidas.

La paz es el más bello de los dones del cielo, es la bendición de Dios sobre la tierra, el efecto por excelencia de la caridad y el resultado directo de la justicia. La paz es la vida de los ángeles y bienaventurados en el cielo, donde la caridad es perfecta; por eso aquella ciudad de los eternos goces se llama Jerusalem, que quiere decir *visión de paz*. Pero si la paz es el mejor de los bienes, si puede hacer de la tierra un cielo, si es la bienaventuranza, el *desideratum* de todas las almas, el término á donde en-



caminan todos sus movimientos, ¿quién podría derramarla en el mundo sino el mismo autor de ella, Jesucristo, Príncipe de la paz, el reconciliador del hombre con Dios, el que quita los pecados del mundo, causas únicas de las revoluciones y luchas perpetuas, el único que puede llevar al fondo de las almas con la suavidad de su gracia ese *orden bellissimo* y concierto divino de los sentimientos con la razón, de la razón con Dios, de Dios con el hombre, y del hombre con todos sus semejantes? Como véis, señores, la paz es un fenómeno moral complejo, que merece por los infinitos bienes que proporciona un estudio especial. Es preciso buscar su origen á toda costa, y los medios de conservarla: ella es digna de todos los afanes, y de coronar todos los sacrificios. Ella es la causa de todo el movimiento, armonía y equilibrio del mundo moral, y el descubrimiento de todas sus leyes y condiciones tiene más importancia que el descubrimiento de las leyes inmortales de Kepler y de Newton para arreglar el movimiento y equilibrio del mundo físico.

Este don del cielo tiene primeramente su asiento en el fondo del alma, para reprimir allí como en su raíz la conspiración de los deseos perversos, de los afectos viciados: esta gracia que arregla y concierta nuestras facultades interiores é inspira los santos deseos; que poniendo en calma las pasiones nos hace ver con toda claridad los caminos reales del bien, dicta los rectos consejos, y ayuda á practicar las obras de la justicia, es lo que se llama paz interior, dulcísima y hermosísima paz. La paz externa, que consiste en que en el orden externo cada individuo se mantenga en su lugar, sin que nadie forceje y luche por ocupar injustamente la posición de otro, y en conformarse con lo que cada uno tiene ó puede tener por vía justa, respetando siempre el derecho ageno, no puede ser sino una consecuencia directa é inmediata de la primera. Si la paz externa no se deriva de la interior, solo podrá considerarse como un efecto que obedece á combinaciones fundadas en intereses variables que variará con ellos: esa paz no puede ser estable, será cuando mucho una tre-

gua más ó menos larga que se dan los hombres para continuar nuevas luchas. Si la paz interior no equilibra las fuerzas interiores del espíritu, la exterior, es decir, la que no nace de la buena voluntad sino que se impone por el temor, trabajará necesariamente como una fuerza aplicada á un gran resorte cuya energía potencial aumenta en razón directa de las presiones, y que pronto se verá trasformada en energía actual; porque la conservación de la energía es también una ley de los espíritus!

Sin embargo, mucho es que un hombre por una política sabia, prudente y firme, y con una energía poderosa é inquebrantable, haya sostenido por mucho tiempo el equilibrio entre fuerzas tan múltiples y variadas. Gran beneficio de Dios es concedernos por su influencia una hermosa tregua, en que calmadas, ó reprimidas cuando menos las pasiones políticas, podamos pensar con quietud sobre nuestros verdaderos intereses, saborear siquiera las dulzuras de una paz que podría llamarse provisional, muy necesaria para que pensemos en otra de más elevada condición que afirmará y consolidará la presente.

La paz, decía un publicista mexicano, tiene sus elementos fundamentales en la Iglesia, como órgano instituido por Dios para comunicar sus bienes á los hombres; tiene sus medios de radicación en el Estado, como institución fundada para atender inmediatamente al bien temporal de la sociedad; y tiene por último en el pueblo sus condiciones de estabilidad y permanencia que conviene conocer. Por lo que toca á la Iglesia, ya sabéis, señores, cuál es su doctrina y los medios de que dispone para comunicar esta gracia. Por lo que toca al Estado, los dos últimos detallados y escrupulosos informes que el Ejecutivo rinde á las Cámaras Legisladoras, bastan para convencernos de los trabajos y sacrificios del Magistrado Supremo para consolidar la paz, así como para impulsar y sostener cuanto pueda contribuir al verdadero progreso y bienestar de nuestra República. Comprendéis también que, en cuanto es posible, haciendo respetar todos los derechos, sin declararse un patrono ó defensor



de la Iglesia para imponerle una servidumbre, ha reconocido prácticamente su autonomía y garantizado su derecho para ampliar sus horizontes de acción; y quizá no muy tarde veremos unirse en amistosos lazos estos dos poderes soberanos, y ayudarse mutuamente como es justo, cada uno dentro de los límites que les marca la Providencia, para conducir gloriosamente á la sociedad á sus altos destinos. Con respecto á nosotros, no nos queda más que esforzarnos por conservar este precioso bien, conseguido por el uno con tantos afanes y por el otro con tantas lágrimas. No olvidéis que la condición que se exige de nuestra parte es buscar la paz interior por medio de la gracia de Jesucristo. Las revoluciones exteriores nacen de las interiores. El descontento exterior nace del interior: no podrá ser jamás hombre pacífico y guardar paz con sus semejantes, el que alimenta y sostiene en su alma la eterna revolución de sus pasiones. Nada parecerá bueno ni ordenado al ambicioso, al que no poniendo ningún límite á sus deseos, y sábio á sus propios ojos, quiere que todo se haga á su imagen y semejanza.

Definida la paz, clasificada y puntualizada como lo permite un breve discurso, réstame aclarar un punto que para mí es el principal, y de cuyo profundo conocimiento sacaréis el fruto que principalmente deseo. Cuantos filósofos y legisladores sabios se han ocupado del bienestar de los pueblos, casi todos, bajo distintas fórmulas, se han acercado más ó menos á la teoría cristiana, y han convenido en que la caridad mútua y la justicia son las fuentes del bien común y la base de toda sociedad estable. No han faltado Epitectos, Aristóteles y Sénecas, lo mismo que Minos, Licurgos y Solones que han llenado el mundo de máximas y de leyes para regir sabiamente á los pueblos. Nunca ha faltado una buena doctrina para arreglar las sociedades y mantener en ellas la paz. Indudablemente que Jesucristo ha dado al mundo una doctrina más clara y más perfecta para morigerar al hombre, y sus máximas sobre el amor de los enemigos y la necesidad de beneficiar á los que nos odian, y de

orar por los que nos persiguen y calumnian; sobre la pureza de intención en las obras, y la castidad del alma y el cuerpo, tienen mucho de novedad y de divino, y en nada se parecen á las teorías antiguas. Pero es preciso buscar la diferencia no tanto en la doctrina como en el modo de enseñarla y practicarla. Jesucristo Nuestro Señor ha enseñado su doctrina, más que con palabras, con su vida y ejemplo; y un Dios muriendo desnudo en una Cruz, rogando por sus verdugos, ha cambiado la faz del universo. Jesucristo no sólo, como algunos filósofos, nos ayuda con el ejemplo, cosa de suyo poderosísima para levantar nuestro espíritu; sino que lo principal y mejor que hace, y lo que El únicamente puede hacer, es llevar al fondo de la voluntad aquella gracia eficaz que la inclina, y la mueve, y le dá una poderosa energía para vencer las resistencias de las pasiones desordenadas, y áun le hace dulce y amable lo que sin ese auxilio encontraba amargo y repugnante. Esto no lo puede hacer sino Dios, sino Jesucristo que es Dios. Por esto hablando de la ley dictada por el mismo Espíritu Santo para el régimen del pueblo hebreo decía San Juan: "Que la ley había sido escrita por Moisés, pero la gracia para cumplirla y la verdad de lo que en aquella sombra se figuraba era debida á Cristo." Lo cual indica con mucha claridad que la misma ley del Testamento antiguo hubiera sido vana, si Jesucristo no se hubiera anticipado á dar la gracia á los judíos para cumplirla, como sus sacrificios jamás hubieran sido aceptables á Dios si no hubieran simbolizado el gran sacrificio de la Cruz, y no hubieran estado íntimamente unidos con él como la promesa con el cumplimiento, el signo con lo significado, la figura con la realidad.

El error de los que han querido mejorar la sociedad independientemente de Cristo, consiste en que no han observado con toda precisión el principal origen del mal. Unos atendiendo á nuestro poco saber, é imaginando que el desorden de nuestra vida nacía solamente de la ignorancia, parecióles que el remedio era desterrar las tinieblas de nuestro entendimiento; y así



pusieron todo su cuidado en ilustrar á los pueblos con la luz de la ciencia y de las leyes, y en imponer penas para inducir por el temor al cumplimiento de lo que las leyes mandaban. Otros, considerando la fuerza que tiene en el hombre la carne y la sangre, y la violencia grande de sus movimientos, persuadiéronse que de la descompostura y falta de complexión del cuerpo manaban como de fuente las turbaciones del espíritu, y que se podía atajar este mal con solo cortar esta fuente. De aquí provino esa multitud de consejos y leyes para ordenar la templanza, y dar al cuerpo el temperamento necesario para que obedezca al espíritu. Pero como en el hombre no sólo hay entendimiento que alumbrar, y cuerpo que reprimir, sino voluntad perversa y mal inclinada que es preciso mover, es necesario convenir en que por muy útiles que sean los recursos para refrenar el entendimiento y atemperar el cuerpo, no bastarán á enderezar la voluntad viciada. Es tan grande el brío de la voluntad, que solo Dios con su gracia puede quebrantarlo. Cuando ésta es dócil, una pequeña insinuación, que no una ley, puede inclinarla al bien; al contrario, cuando se propone resistir, empleando toda su poderosa energía, no la quebranta ningún temor, ni la convence ninguna ley. La muerte más horrosa no la hace pronunciar un sí, si no quiere; y Dios mismo con sus amenazas eternas no la hace retroceder del camino del mal ni un solo palmo, no la hace temer, si no le infunde este temor por una gracia especial del Espíritu Santo. La fuerza de la voluntad humana dotada de libre albedrío está en lo incognoscible. El secreto de equilibrar esta fuerza maravillosa sin destruirla, y sin que pierda ni un solo átomo de su energía, está en lo más recóndito de la ciencia de Dios!

Luego sin Jesucristo no podemos ser jamás hombres de buena voluntad, y por consiguiente pacíficos. Podremos mantenernos quietos más ó menos según nuestro propio temperamento ó intereses particulares, el temor que por algún tiempo podrá preocuparnos para obedecer, podrá cuando más hacernos

hombres serviles, hipócritas, pero nunca hombres de buena voluntad como deben ser los buenos ciudadanos y los buenos cristianos.

¿Cómo, pues, conservaremos este gran beneficio de la paz? ¿Cómo será feliz nuestra sociedad? No hay otro medio, aunque se busque, no hay más que acercarse á Jesucristo y pedirle esa paz que solo El puede dar: ocurrir á la Iglesia donde ha puesto los manantiales de esa gracia. Es inútil buscar esa paz fuera de la Iglesia á quien el Salvador se la dejó como preciosa herencia: *Pacem relinquo vobis.*

Nunca más oportuno y necesario ha sido proclamar estas verdades, é inculcarlas con todo el rigor de la demostración, como ahora, que con mejor buena fé, y sin duda con mejores elementos que antes, se pide á todas las ciencias el contingente de sus luces para alumbrar el campo donde se halla la solución de los más difíciles é intrincados problemas sociales: hoy que, alejados de toda preocupación, comunicándose sus luces y en la más cordial armonía, nuestras glorias científicas buscan el antídoto de todos los males sociales, y el centro de las fuerzas que han de dar á nuestra patria el colosal empuje hasta el zenit de su grandeza: hoy que el más prominente de esos hombres laureados, levantándose por encima de las antiguas y vulgares preocupaciones, como héroe de la ciencia y de la franca verdad, comienza á notar que en ese concurso científico falta una luz que no se halla en la Sociología, una fuerza que no está en la Mecánica, un vital elemento de que no habla la Biología, un recurso que sólo está en lo incognoscible, en el *ignoto Deo* de la ciencia moderna, en Dios; un auxilio que solo puede prestar la religión. Es preciso que en ese concurso científico entre también la ciencia de Dios para completar el aforismo pedagógico añadiendo al *mens sana in corpore sano* la frase: *cum voluntate bona*. Amplifiquen é ilustren en buena hora todas las ciencias los horizontes intelectuales, mejoren hasta donde sea posible las condiciones de salud y bienestar corporal; despejen el camino de la



verdad, aclaren las sendas de la justicia, sinteticen las teorías del bien, muy digno de las ciencias es este trabajo. Pero no olviden los hombres que por encima de todas esas luces y recursos humanos resplandece la sabiduría y virtud de Dios; y que las inteligencias lo mismo que los cuerpos celestes están sujetos á una gravitación universal cuya fuerza es la verdad y cuyo centro es Dios; y que la luz que reciben de este centro y foco infinito no sólo es proporcional á las superficies, sino que se halla también en razón inversa del cuadrado de la distancia!

Perdonad, señores, si acaso me he desviado del rumbo que debía seguir, pero el orador cristiano debe ensalzar siempre que pueda la Sabiduría y Virtud de Dios que es Jesucristo, y presentarle como el único Salvador del mundo; y defender á su Iglesia demostrando que ella se mantiene firme y estable, no por los medios que pueden prestarle de paso los hombres, sino por el poder, ciencia y virtud de Dios; y que así como los pueblos nunca podrán sacudir el yugo de la autoridad política sin derrocar el edificio social, así también jamás romperán impunemente los lazos divinos de la religión, porque sin ella la moral, terreno donde se asienta aquel gran edificio, se hundiría con espantoso estruendo!

Dios, pues, nos ha salvado, Dios nos ha concedido el gran beneficio de la paz, sabemos ya cómo hemos de conservarla; réstanos indicar brevísimamente cuál es el conducto celestial por donde nos ha venido don tan precioso.

Mexicanos, esto no necesito decirlo, lo sabéis mejor que yo, lo habéis experimentado vosotros mismos, y os lo está diciendo actualmente vuestro corazón. Mirad esa *tilma* sagrada, contemplad ese cielo de amor y de esperanza: basta mirarla con atención para creer en la omnipotencia y gracia de Dios Salvador de las naciones. Observad esa frente divina donde se refleja toda la bondad y clemencia de Dios, y la paz de la bienaventuranza suprema. La mirada de esos ojos dulcísimos siempre ha estado fija sobre nosotros, ha alumbrado nuestras tinieblas, y

ese corazón piadosísimo nos ha seguido aún en medio de nuestros extravíos. Nunca ha faltado á sus promesas, siempre se ha mostrado la Madre amorosa de los hijos de esta tierra, grande en la prosperidad como en el infortunio; jamás ha bajado sus manos suplicantes para implorar la clemencia del cielo. Ella ha suspirado, se ha entristecido también y palidecido su semblante divino, y aún ha aparecido en sus ojos el rocío celestial de sus lágrimas, cuando á pesar suyo ha tenido que arrancarnos de su seno y entregarnos por orden de la eterna justicia para que nos corrija el Padre celestial. Mas apenas ha escuchado nuestro primer lamento, cuando destrozado de dolor su corazón vuela á desarmar el brazo divino poniéndose en lugar nuestro para que sobre ella caiga el golpe omnipotente. . . . y desde luego se aplaca el Señor. Ella vuelve á estrechar en sus brazos á los hijos de su corazón, mezcla sus lágrimas con las suyas, los acaricia de nuevo, enjuga sus mejillas, y con suma ternura les hace reconocer y aborrecer sus faltas para que no vuelvan á incurrir en ellas. No solo esto, Ella se empeña en disculpar á sus hijos, y en pedir para ellos nuevos favores, para que con los nuevos regalos olviden el rigor del castigo.

Señores, todo lo habéis visto. La Iglesia Mexicana afligida ha sido consolada. La erección de nuevas Diócesis y Arquidiócesis en nuestra República, la celebración de un Concilio Provincial, la multiplicación del número de sacerdotes, el aumento de la piedad, las innumerables gracias con que cada día enriquece la autoridad de Pedro á nuestra Iglesia, la paz y prosperidad que reina por todas partes, el consuelo sobre todo de ver amplificada, rica y artísticamente decorada esta Basílica, palacio principal de nuestra Reina; todo, todo manifiesta que han pasado los momentos de la justicia y que se abren de par en par las puertas de la misericordia por las manos santas de María. Mil y mil veces felices nosotros que hemos sentido el dolor y el gozo, la justicia y la misericordia, que hemos gemido en medio de la tempestad y hoy hemos pisado el puerto. ¡Felices vosotros,



ilustres Príncipes de la Iglesia Mexicana, que habéis tenido el consuelo de que María os enjague las lágrimas, que habéis visto lo que vuestros padres desearon ver y no lo vieron, y que suspirando y gimiendo bajaron al sepulcro con el corazón despedazado! ¡Sombras venerandas de los Portugal, Munguía, Sollano, Labastida y demás Jefes esclarecidos! ¡cómo os hundísteis arrastrados por el ciclón en medio de los mares procelosos sin haber tocado el puerto feliz por quien tanto suspirábais! Vosotros luchásteis cuerpo á cuerpo con la tempestad como héroes del cielo por salvar la sagrada nave, vosotros quedásteis en el camino. . . . pero la nave se ha salvado! Mas si no llegásteis al puerto terreno, sin duda habéis llegado ya al puerto celestial donde María os habrá enjugado las lágrimas antes que á nosotros.

Gracias, gracias, Señora y Reina nuestra, por tan singulares favores. ¿Con qué podremos mostrarte nuestra gratitud? ¿Qué podrá hallar el hombre en la tierra que no sea tierra? Acepta nuestros dones terrenos en cambio de los celestiales. Pero ya recordamos, tenemos algo que vale más que todo el mundo, y de tanto valor que lo ha querido comprar el mismo Dios; es nuestro corazón: llévatelo, si te dignas de aceptarlo; todo nuestro sér será tuyo. ¿Quieres que agradezcamos bien tus beneficios? concédenos éste: que seamos siempre dignos hijos tuyos. Tú eres la única Madre que si quiere puede hacer buenos á todos sus hijos.

FIAT, FIAT.

✠  
JHS